

PROYECTO SOBRE ARTE ROMÁNICO

# Iglesia románica de San Clemente de Zahull



Rodrigo Bayón Trillo 2A E.S.O I.E.S TORRENTE BALLESTER

# Sant Clement de Zaül

10 diciembre de 1123 consagración de la iglesia.

Extracción de las pinturas murales.

Inicio de los 70

Primera restauración.

2000-2001

Segunda restauración y descubrimiento de nuevas pinturas murales que quedan in situ.

2013

Restauración y nueva museografía.

2024

Restauración y exposición de dos lipsanotecas de travertino.

La iglesia fue consagrada el 10 diciembre 1123 por Ramon Guillem, obispo de Roda-Barbastro se construye sobre un templo del siglo XI.

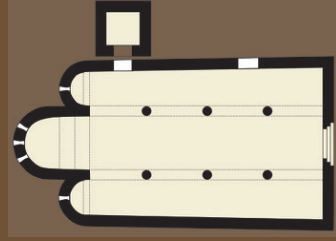


Ramon Guillem, obispo de Roda-Barbastro

# Características arquitectónicas

La iglesia de San Clemente de Tahull presenta las características propias del arte románico

- Arcos de medio punto
- Campanario
- Planta basilical



Planta  
Basilical



Arcos de  
medio punto



Campanario



# La llegada

Es el día 13 de diciembre de 1123, 14 días que no estoy en casa, mi misión es llegar a la iglesia de Sant Climent de Taüll, ya estoy en la villa y es alucinante, los mercados son muy grandes y amplios, compré una manzana porque tenía hambre, cuando me di cuenta tenía la iglesia enfrente, así que fui corriendo a verla.



Vista en primera persona de la llegada

# La entrada

Cuando entré, me quedé impresionado por la belleza de aquel lugar, también decorado y pintado. Se oía a pintura fresca, cuando entonces el cura oficiaba la misa. Cuando empezó a poner incienso, se hizo una mezcla entre pintura fresca y incienso. Me quedé hasta que terminó, y me encantó.



Vista en primera persona de la entrada

# La llegada

El ambiente era muy ajetreado, con vendedores gritando: «¡Manzanas, fresas y peras frescas!»



Como veía yo las cosas

# La entrada

El ambiente era muy tranquilo, y todavía más cuando comenzó la misa.



Como veía yo las cosas

# Historia mas ampliado

El sol de la tarde se colaba tímido por las vidrieras de la iglesia, pintando el suelo de colores suaves que parecían flotar. Dentro todo era calma. Un silencio bonito, de esos que se sienten en el pecho. Oía a incienso viejo mezclado con cera derretida, y el aire estaba fresco, casi frío en las manos. Me senté en uno de los bancos de madera gastada, escuchando solo el crujidito leve cuando alguien se movía o pasaba una página del misal.

Y cuando empezó la misa... uf, se hizo todavía más tranquilo. El órgano soltó una nota grave que te vibraba dentro, el cura hablaba bajito, con esa voz pausada que parece que te abraza, y el coro respondía como un susurro lejano. Cerré los ojos un momento y sentí que todo lo demás desaparecía: el ruido de la calle, las preocupaciones, el móvil que llevaba horas sin mirar. Solo estábamos ahí, respirando despacio, juntos pero en paz.

Al salir, en cambio, fue como si me hubieran dado un empujón al mundo real.

El ambiente era ajetreado, puro desorden vivo. El mercado estaba a reventar. Gritos por todas partes: «¡Manzanas, fresas y peras frescas!», «¡Aquí las mejores, guapa, ven a probar!», «¡Llévate cuatro kilos que te hago precia!». Las voces se pisaban unas a otras, los vendedores se esforzaban como si fuera el último día de la humanidad. El sol pegaba fuerte y el aire olía a fruta madura, a tierra húmeda, a pan caliente que salía de algún horno escondido y al aceite de las patatas fritas del puesto de la esquina.

Me abrí paso entre la gente. Los hombros se rozaban, las bolsas de tela golpeaban piernas, un niño pasó corriendo con una manzana a medio morder. Cogí una fresa que me ofreció un señor con delantal manchado y sonrisa enorme. Estaba tibia del sol, dulce hasta casi doler, con ese puntito ácido que te despierta la boca. Las manzanas brillaban rojas como si las hubieran pulido, las peras gorditas y verdes parecían pedir a gritos que las mordieras ahí mismo.

Era ruido, calor, movimiento, vida a todo trapo. Y sin embargo, después de la quietud de la iglesia, no me molestó. Al contrario: me llenó. Sentí que necesitaba las dos cosas. La paz de dentro, esa que te hace respirar hondo y recordar quién eres. Y el jaleo de fuera, el que te recuerda que estás vivo, que hay gente, que hay fruta recién cortada y alguien gritándote que la pruebes.

Al final me fui caminando despacio, con una bolsa pequeña de fresas en la mano y el eco de los dos mundos todavía zumbándome dentro. La misa me había calmado el alma y el mercado me había devuelto las ganas de comerme el día.

# Frescos de la iglesia

- ¡Ay, la Iglesia de San Clemente de Taüll! Es de esas visitas que te cambian el día, ¿sabes? Te imaginas ahí, en el Valle de Boí, rodeado de montañas nevadas en invierno o verdes en verano, y de pronto estás frente a algo que lleva casi mil años en pie, desde 1123. Es una iglesia humilde, de piedra grisácea y rugosa, como si la hubieran tallado directamente de la montaña. Nada de lujos: paredes gruesas para aguantar el frío pirenaico, una torre alta y delgada que parece decir "¡Mira arriba, al cielo!". Pero el verdadero tesoro está dentro, en esas pinturas que pintó el Maestro de Taüll, un artista anónimo que capturó algo mágico.
- Entra conmigo: el aire te recibe fresco, con ese olor a tierra húmeda y piedra vieja, como si el tiempo se hubiera quedado atrapado. La luz se filtra tímida por ventanitas estrechas, creando sombras suaves que bailan en el suelo. Y al fondo, en el ábside curvo, ¡bum! Ahí está Cristo en Majestad, mirándote directo a los ojos. No es el Jesús tierno de las estampitas modernas; este es un Cristo poderoso, con cara de "soy el jefe, pero te quiero". Sentado en su trono, envuelto en una mandorla ovalada llena de colores vibrantes -azules intensos, rojos como sangre, dorados que brillan bajo la luz-, levanta la mano derecha para bendecirte, mientras la izquierda agarra un libro abierto con letras que gritan: "Ego sum lux mundi" (Yo soy la luz del mundo). Sus ojos son enormes, almendrados, y juro que te siguen si te mueves por la iglesia. Alrededor, flotan los cuatro evangelistas como superhéroes: el ángel de Mateo con cara lista, el león feroz de Marcos, el buey paciente de Lucas y el águila voladora de Juan. Todo pintado con trazos gruesos, colores simbólicos, sin sombras realistas -porque no se trata de copiar la vida, sino de hacerte sentir algo profundo.
- Esas pinturas eran como un cómic para la gente de entonces: la mayoría no sabía leer, así que esto les contaba la Biblia. Habla de la segunda venida de Cristo, cuando vuelva a juzgar todo. En el siglo XII, con guerras, hambrunas y vida dura, esto era un recordatorio: "La vida es corta, pero hay esperanza arriba". Refleja esa fe medieval: Dios es grande y lejano, pero accesible si lo buscas. Influencia bizantina por todos lados, con esa frontalidad simétrica que te hace sentir observado y protegido a la vez.
- Hoy, los originales están en Barcelona, en el MNAC (porque la humedad los estaba comiendo), pero las réplicas en la iglesia siguen dando escalofríos. Imagínate: sales de allí con el corazón un poco más calmado, pensando en tu propia "luz"



Gracias por la atención